

LOS HERMANOS GARCIA GUERRERO

P O R

Daniel Quiroga

AL COMPOSITOR ALFONSO LENG, CUYA GENEROSA
CONVERSACIÓN, PLETÓRICA DE AFECTUOSOS RECUERDOS
PARA SU ÍNTIMO AMIGO ALBERTO GARCÍA GUERRERO,
IMPULSÓ LA REALIZACIÓN DEL PRESENTE TRABAJO.

Casi no es posible imaginar hoy, cuando disponemos de todos los medios para la difusión de la buena música, cuanto trabajo costó abrir el ambiente chileno no sólo a las corrientes de la música contemporánea, sino a las de la música clásica en general.

Los años anteriores a la primera guerra mundial fueron vividos en las grandes ciudades chilenas entre óperas italianas, zarzuelas y operetas. Banales discusiones sobre los méritos de la «diva» o el «divo», apartaban la música clásica del público. Ella tenía cabida en los espectáculos sólo excepcionalmente.

Riquezas monumentales se gastaron en importar cantantes y cuadros líricos completos. Mientras tanto, los músicos chilenos carecían del instrumento básico para el desarrollo de una vida musical: la orquesta sinfónica. Sin tal indispensable medio de hacer música, los conciertos sinfónicos se realizaban sólo esporádicamente, y hasta 1914, en que Nino Marcelli (1) inauguró una serie de conciertos semanales en que dió a conocer, junto a otras obras importantes, las nueve sinfonías de Beethoven, no puede hablarse de la existencia en Chile de una actividad sinfónica regular.

No es raro, pues, leer en un diario de 1914, la apreciación siguiente: «Nuestros músicos cuyo espíritu no ha podido vibrar con el estímulo de audiciones perfectas de las obras maestras, oscilan entre marchas y valsos... hasta hoy no ha podido formarse una orquesta estable». Y en el mismo año, con ocasión de los conciertos organizados por el cellista Michel Penha, otro comentarista escribe: «Los buenos aficionados, los que saben sentir la música, estarán de pláceme de poder a la vez escuchar las obras de Beethoven, Schumann, etc. en la buena orquesta que ha reunido Penha, como asimismo escuchar acompañado por la misma orquesta al gran violoncellista. Esto es para nosotros completamente nuevo...»

No obstante, si es sencillo darse cuenta de la inexistencia de un ambiente propicio para el desarrollo de la música en esos años,

(1) Nino Marcelli, que llegó a Chile siendo un niño, hizo sus estudios musicales en nuestro Conservatorio Nacional. Destacóse más tarde como director de orquesta y actualmente es Director de la Orquesta Sinfónica de San Diego. EE. UU.

es precisamente en ellos cuando aparecen los nombres de quienes, librando verdaderas batallas, echaron las bases de nuestro actual ambiente musical. Entre esas figuras, que de un modo u otro, cooperaron a la elevación del medio atrasado en que vivían, destacan las de los hermanos Daniel, Eduardo y Alberto García Guerrero, quienes tuvieron influencia decisiva en la orientación musical propiciada también por músicos como Carlos Lavín, Humberto Allende, Alfonso Leng, Acario Cotapos y Domingo Santa Cruz, y que daría por resultado la modernización de la actividad musical chilena.

* * *

Los hermanos García Guerrero eran hijos de la familia serenense formada por don Daniel García y doña Nicolasa Guerrero. Si tuviéramos que fijar algún antecedente en la afición musical de los hijos de esta familia, lo encontraríamos inmediatamente en la madre, que era una destacada pianista aficionada.

En Santiago, los hermanos guiaron sus vocaciones por caminos distintos. Daniel seguiría la carrera de Medicina, Eduardo la de Leyes y Alberto la de Dentística. Pero, como en la historia se demuestra con infinidad de casos similares, aquel que nace con cierta extraña materia musical en la sangre, no consigue borrar su influencia haga lo que haga. Ya sabemos que Haendel, Schumann y Strawinsky fueron candidatos a abogados y, sin embargo, fué la música la que decidió su porvenir. Entre nosotros, el caso de Alfonso Leng, connotado hombre de ciencia, y el de Domingo Santa Cruz, ex diplomático y abogado, por no citar otros, son también muy elocuentes. Los García Guerrero no harían tampoco excepción y fueron músicos los tres. Daniel, médico internista de los más prestigiosos, se destacó como pianista aficionado y estudioso constante de la música y sus problemas; Eduardo, abogado, brillante profesor de la Escuela de Derecho, fué escritor y el más notable de los críticos musicales de su época, y Alberto, que comenzó a estudiar dentística, terminó por ser uno de los pianistas y musicólogos de mayores méritos que hayan existido en nuestro país.

Pero veamos cómo fué formándose todo esto. El pobrísimo ambiente musical existente en los años que nos ocupan, provocó como lógica reacción el que un grupo de jóvenes artistas y aficionados, informados por las revistas europeas del intenso movimiento musical que se producía en el Viejo Mundo, se buscaran y se unieran, para conocer las tendencias y las obras que las representarían. Si no se podía pensar que en los conciertos se ejecutasen en público, ellos por lo menos, las tocarían en reuniones íntimas. Estas reuniones fueron formando el núcleo que más tarde cambiaría la orientación de nuestros asuntos artísticos.

Se organizaron numerosas tertulias íntimas. Entre ellas, la del dinámico doctor Daniel Amenábar provocaba la reunión de todos los músicos cuya inquietud no se satisfacía con la mediocridad ambiente. En ella el doctor Daniel García Guerrero participaba con entusiasmo. Allí se discutía de arte, se escuchaban y comentaban las

obras que el propio doctor García ejecutaba al piano, cuando la profesión le dejaba tiempo, o que Alberto u otro contertulio tomaba a su cargo. El doctor García, cuyos merecimientos le llevaron a ocupar la cátedra de Clínica Médica en nuestra Escuela de Medicina, sabía tener ocasión para demostrarse el pianista de brillantes condiciones que fué. Su amplia cultura musical, siempre al día de las principales obras y publicaciones llegadas de Europa o traídas por él mismo en sus frecuentes viajes, influyó mucho en la formación musical de sus hermanos y en la orientación general del grupo formado a su alrededor. Se recuerda de él un episodio curioso: siendo un hombre que no buscaba el lucimiento, evitó con un subterfugio, muy explicable por lo demás, que el público corriente supiera que había sido él,—y no su hermano Alberto, como se anunció en los programas—quien tuvo a su cargo el papel solista en el Concierto para piano y orquesta en Sol, de Mendelssohn, ejecutado bajo la dirección de Humberto Allende, en una audición pública, organizada por el doctor Amenábar, a beneficio del Hospital de Ojos, en 1913.

Músico a carta cabal, cultísimo y estudioso, el doctor García Guerrero, al fallecer en 1933, fué recordado por sus colegas de profesión como una de las personalidades de la medicina chilena, que supo mantener aliadas la exactitud científica y la imaginación y sutileza del artista.

* * *

Eduardo García Guerrero, músico desde la infancia, demostró tempranas aficiones literarias. Uno de sus contemporáneos le recuerda como miembro de la Academia Literaria «Benjamín Vicuña Mackenna», en la que desarrolló importante actividad. La literatura y el estudio de la filosofía y de la música, hicieron de Eduardo García una de las personalidades más brillantes de nuestro mundo intelectual de comienzos de este siglo.

En el campo literario se recuerda su difundido poema «Invierno» y un estudio crítico sobre Manuel Magallanes Moure. En el aspecto musical, su primer éxito lo señala la dirección de la orquesta de aficionados de la Academia «Ortiz de Zárate». Esta Academia era un organismo formado por un grupo de jóvenes entre los cuales, fuera de Eduardo García que era su Presidente, se destacaban el violinista Humberto Busenius y los cellistas Alfonso Leng y Valenzuela Llanos. Esta orquesta, de existencia irregular, mostró a Eduardo García como un músico nato, que con profunda intuición más que con dominio de la técnica, sabía concertar y dirigir a los ejecutantes. Es bueno recordar que, aunque había seguido algún curso en el Conservatorio Nacional, él y sus hermanos son ejemplos de autodidactas musicales cuyos conocimientos eran conquistados día a día en incesante estudio. Formado en la música, fusionó con ella sus condiciones literarias y dió comienzo a su importante tarea de crítico musical y conferencista.

Leer hoy sus trabajos, por desgracia diseminados en diarios, revistas y folletos, o desaparecidos los más, da una idea de cuanto

se le debe en la elevación del ambiente musical nuestro. Rompiendo con la rutina y la indiferencia del medio, Eduardo García inició una serie de conferencias públicas sobre la vida y la obra de grandes músicos. Chopin, Schumann, Wagner, Paganini y Mac Dowell, entre otros, fueron estudiados y analizados en memorables charlas, en las cuales su hermano Alberto cooperaba con la ejecución de trozos escogidos de esos autores. Promovieron estas charlas una agitación inusitada y el comentario general, pues abrían un camino desconocido en las actividades artísticas.

Su conferencia sobre Roberto Schumann, dictada en el Teatro Municipal en 1912, es admirable como exposición y como análisis de la obra del atormentado músico alemán. García Guerrero analiza, con interesantes y tal vez personalmente sentidas observaciones, el doloroso tiempo en que Schumann luchaba entre su iniciada carrera de abogado, al que le había impulsado el afectuoso ruego de su madre, y su fuerte vocación de músico de la que no podía desprenderse. Comenta párrafos de sus cartas y se muestra lleno de comprensión para el espíritu angustiadamente inquieto—como fué el suyo—que cayó finalmente vencido por cruel enfermedad. En el aspecto técnico, analiza con mucho acierto la obra pianística de Schumann, en la que encuentra el fiel trasunto de la personalidad del autor y vertido mucho de su mejor inspiración.

Con motivo del Centenario del nacimiento de Ricardo Wagner, en 1913, dictó otra conferencia en que estudió a este músico con la misma claridad y elegancia de estilo que eran características en él. Se advierte en esta conferencia cómo el autor utiliza el recuerdo de la estética wagneriana para fustigar el menguado ambiente musical santiaguino, cuando dice que en la obra de Wagner «no hay arias con fioritura que la soprano cante al lado de las candilejas, ni romanzas para que el tenor luzca sus agudos y su virtuosidad, ni bailes para abonados que se aburren con la música seria porque no la entienden y van al teatro por lujo, a hacer la digestión, ni un libreto de pacotilla que sirva de pretextos para dúos, cavatinas o finales, sino, por el contrario, un hondo y sincero poema en que la música es un sublime comentario de lo que no alcanza a expresar la palabra». Muchos trozos podríamos destacar de esta conferencia, cuyo valor para esa época es manifiesto. Se comprende ahora claramente lo que Eduardo García hizo de su vida, llena de constante actividad e iniciativas, cuando refiriéndose a Wagner dice que «era un hombre de acción, un hombre de lucha que sentía la necesidad imperiosa de obrar dentro de la sociedad de los hombres, de imponer sus convicciones, de elevar a los demás a su propia altura para compartir con ellos el culto de todo lo que hay de bello y noble en la existencia».

Durante varios años Eduardo García fué crítico musical en «El Mercurio». Mucho del forzado formulismo y de la contemporización no menos obligada que la vida de un diario exige de quienes tienen a su cargo este trabajo, salió transformado de las manos de García Guerrero, cuya destreza literaria y, sobre todo, su profunda cultura musical—verdaderamente desarraigada de la época—hicieron

fijar los ojos del mejor público en los artículos que de tarde en tarde, y en espacio reducidísimo, publicaba el joven y erudito musicógrafo.

La vida de este hombre múltiple no se detuvo en la música. Fué, como dijimos, abogado, especialmente versado en asuntos criminológicos, lo que le llevó a ser profesor de Medicina Legal en la Escuela de Derecho. Ocupó, además, un importante cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Pero no sólo músico, crítico, conferencista y profesor, sino también político, fué Eduardo García. Militó en la Juventud Liberal, de cuyo Centro de Santiago llegó a ser Presidente, y dejó numerosas conferencias y artículos polémicos como muestra de su interesante actuación en este aspecto.

Fué, sin duda, una de las más brillantes mentalidades de la generación joven de su época la de este hombre multiforme, a quien la música chilena debe tanto. Vivió la vida con fruición, derrochándose con cierto dejo de romántico desprecio por sí mismo, en una permanente actividad. Todo ello provocó su muerte en plena juventud. A los 33 años de edad murió Eduardo García Guerrero, el 19 de Marzo de 1919. Músicos, escritores y políticos firmaron sentidos artículos de recuerdo. «Eduardo García Guerrero—escribió entonces Jorge Gustavo Silva—había nacido, sin duda, más que para la lucha violenta por la fortuna y los honores, para la serenidad del estudio, de la investigación y del goce artístico».

* * *

Alberto García Guerrero comenzó, como sus demás hermanos, a practicar la música desde su niñez. Guiado por su hermano Daniel, pronto llegaría a ser uno de los músicos autodidactas más preparados teóricamente y de mejores condiciones pianísticas. Desde sus tiempos de estudiante hizo amistad con el joven Alfonso Leng. Fué con él a las reuniones de la Academia «Ortiz de Zárate» y, cuando llegó el momento de matricularse en alguna carrera universitaria, Alberto García, siguiendo la persistente indicación de su hermano mayor, ingresó a la Escuela Dental. Allí le siguió su amigo Leng, «para poder seguir hablando de música», según dice tan pintorescamente el autor de «Alsino». Una vez en la carrera, continuaron ambos cultivando su estrecha amistad y su mutuo interés por las cosas del arte, de la música y de tantas otras inquietudes que les llevaban horas y horas de charla cada día. Pero la vocación musical de Alberto se hizo presente tiránicamente, y un buen día dejó la Escuela Dental y se dedicó por entero a la música y, particularmente, al piano. No era cosa fácil dedicarse solamente a la música en aquel tiempo. De manera que tuvo que buscar algunos alumnos. Uno de éstos fué un joven estudiante de leyes llamado Domingo Santa Cruz, que poco antes había estudiado en el Conservatorio, y a quien no sólo enseñó el piano sino, además, estimuló con siempre certeros juicios, los primeros trabajos de composición que su alumno le presentaba.

Pronto Alberto García impuso su fuerte personalidad y su indiscutible preparación. La tertulia reunía junto a él muchos nuevos

compositores llenos de proyectos. Carlos Lavín, Acario Cotapos Alfonso Leng, Próspero Bisquertt, tocaban y discutían sus obras en la proximidad de este hombre dotado de extraordinaria capacidad de análisis y de profundos conocimientos técnicos, cuyos consejos o sugerencias, al igual que sus certeras observaciones críticas, eran recibidas por ellos con verdadero respeto. Alberto García tenía siempre a la mano lo último publicado en Europa respecto de Estética o Teoría Musical. Las obras de Hugo Riemann, el Tratado de Composición de Vincent D'Indy, entre otras, fueron estudiadas y analizadas en su casa por todo el grupo.

La personalidad de Alberto García encontró un eco hondo y sincero en la estética de Alfonso Leng. El autor de las «Doloras» recuerda con profundo agrado cuanto le sugirieron al espíritu siempre alerta de García Guerrero, estas obras de juventud, de las cuales estrenó en público la N.º 4.

A veces la tertulia musical se trasladaba de sitio. Unas, a la casa de la destacada pianista chilena Amelia Cocq, formada en Francia bajo la dirección de Pugno y Busoni, y otras a la de los hermanos Busenius. Un día Alberto García comenzó a tocar en el antiguo piano de dos teclados que había en esa casa, la Sonata en Mi mayor de Beethoven. A poco de iniciada, se levantó de su asiento Enrique Soro y se ubicó en el segundo teclado, improvisando un acompañamiento. Con la extraordinaria facilidad de improvisación que es conocida en el maestro Soro, dicho segundo piano no se interrumpió hasta el final de la Sonata. Terminada ésta, Alberto García y todo el grupo insinuaron a Soro escribir cuanto había tocado. Así lo hizo y actualmente esta Sonata, nacida de un raptó de buen humor, se encuentra editada a dos pianos por la Casa Ricordi.

Pero no sólo los clásicos, y sobre todo los románticos Chopin y Schumann, eran ejecutados brillantemente por el magnífico pianista. Uno de sus méritos principales consiste precisamente en que fué el introductor y divulgador de la música de los modernos autores europeos. Si bien es cierto que no fué él quien hizo oír a Debussy por primera vez, fué sí el constante divulgador y analizador de su obra, junto a Carlos Lavín. Trasládarse con el pensamiento treinta y cinco años atrás, ver nuestra pobrísima actividad musical; recordar que los autores «avanzados» de la época eran Grieg y Tchaikowsky, es reconocer el formidable impulsador musical que fué Alberto García. De sus manos se escucharon, en esos años, obras como la «Petite Suite», «La Cathedrale Engloutie». «Feux D'Artifice», de Debussy; «Jeux D'Eaux» y «Pavana», de Ravel, y los «Drei Stücke», de Arnold Schönberg, estos últimos, ejecutados, por cierto, sólo en audiciones íntimas.

Ya podemos imaginarnos lo que significó tocar dichas obras, si todavía hoy podemos encontrar quienes no toleran aquellos músicos tachándolos de «incomprensibles». No está de más recordar aquí la tormenta que levantó en 1915, un artículo de Carlos Lavín, en que divulgaba la moderna música francesa y defendía su estética.

Concertista aplaudido y compositor estimado en todo Chile, Alberto García ejerció también durante algún tiempo la crítica mu-

sical en «El Diario Ilustrado» (2). Sus juicios—siempre basados en firmes conceptos técnicos—imprimieron profunda huella en el ambiente. Pero un hecho decisivo le arrancaría del país. Fué la llegada del violoncellista holandés Michel Penha, quien al ser contratado para una jira por EE. UU. llevó a Alberto García como acompañante. En EE. UU. muy pronto se presentó como pianista, recibiendo los unánimes y entusiastas elogios de la crítica. El pianista chileno recibió semejantes homenajes en Canadá y en diversos países latinoamericanos.

Vuelto a Chile, fué sólo por breve tiempo. En 1918 recibió una invitación del Conservatorio fundado en Canadá por el pianista ruso Hambourg, ofreciéndole una cátedra de piano. Partió allá García Guerrero, después de tres memorables conciertos de despedida en Santiago, Valparaíso y Constitución. Pero en Toronto, una nueva proposición, esta vez del Conservatorio Nacional de Canadá, le llevó a la dirección del curso de Piano de ese establecimiento. Allí le tenemos en los días actuales, apartado de Chile, de donde emigró por culpa de un ambiente que no pudo alcanzar su altura.

* * *

Vidas brillantes son las de los hermanos García Guerrero, y muy dignas de ser conocidas y estimadas por todos aquellos que no fueron sus contemporáneos. Por cierto que las breves anotaciones que forman este trabajo sólo pueden dar una idea incompleta de la admirable trayectoria seguida por ellos en una época tan importante de nuestra vida musical.

Conscientes de esa limitación, como también de que una tarea como ésta debió ser realizada por alguien que hubiera tenido conocimiento directo de aquella época, sólo el deseo de presentar la innegable proyección de la actividad de los hermanos García Guerrero sobre nuestro presente musical, nos alentó a rendir este homenaje a su labor precursora.

Santiago, Abril de 1946.

(2) Alberto García, como ejecutante, recibió el aplauso general en diversos puntos del país que visitó en jiras de concierto. Es, además, autor de varias obras para piano, piano y canto, y de algunas otras destinadas al teatro.